

EL PAN DE DIOS

2º-3º

Cuando Martin era pequeño, vivía con su madre. Cerca de allí, en otra casa vivía ricamente Antonio.

Detrás del jardín de Antonio, a la orilla del río, había un pequeño bosquecillo con viejos sauces retorcidos. Aquí podía jugar Antonio solo, pero no demasiado cerca del agua. Tenía una pala. Con ella cavó un día un enorme agujero y al lado un enorme montículo. En medio del trabajo lo llamaron para recibir su pan con mantequilla del desayuno y una manzana roja. Ardiendo de entusiasmo, corrió con ellos de vuelta a su montículo, que ahora le serviría de cómodo sillón. Allí se sentó, con los pies colgando en el hoyo, y mordió la manzana. Las huellas de sus finos dientes quedaron en ella como un bonito dibujo.

De repente, una sombra cayó sobre él. Miró hacia arriba – había llegado un muchachito, harapiento y sucio. La cara y las manos estaban negras. Bajo la nariz tenía asquerosas manchas rojas. Amenazante, Antonio levantó su pala.

«¡Vete!»

El chico se frotó los ojos, retrocedió un poco, se sentó frente a Antonio y se quedó mirándolo fijamente. Antonio masticaba su gran pan con mantequilla y pensó:

¡Qué chico tan afortunado! A él no lo lavan de pies a cabeza todos los días. Claro que es horrible de ver. Lavarse seguro que es muy aburrido, pero – hay que estar limpio –

«¡Estás sucio!», gritó Antonio.

El pequeño alzó sus ojos, rió tontamente y dejó que la arena fluyera de una mano a la otra.

Mientras tanto, Antonio siguió comiendo su pan con mantequilla. Se dio cuenta de que las miradas del otro estaban fijadas con avidez en él.

«¡Mmm! ¡El pan con mantequilla está muy rico! ¿Verdad?», dijo Antonio contento, metiéndose en la boca el último bocado.

«¿Has tomado ya el tuyo?»

Asombrado, el pequeño lo miró fijamente y negó con la cabeza.

«¿Todavía no? Bueno, entonces seguro que lo recibirás pronto.»

El pequeño bajó los párpados y, absorto en el juego con la arena, volvió a negar con la cabeza en silencio.

«¿No recibes nada? ¿Quizás estás enfermo? ¿Tienes dolor de estómago?»

El movimiento de cabeza continuó.

«¿Quizás te has portado mal?»

De nuevo un profundo silencio.

«Bueno, ¿por qué no te dan nada para comer?»

El pequeño se rascó la cabeza con una mano, con la otra se frotó la nariz. Y nuevamente hizo un gesto de negación.

«¿Por qué no te ha dado nada tu madre?»

«Porque no hay nada en casa.» dijo al fin el pequeño.

A Antonio eso le pareció incomprensible. ¡Nada de nada en casa! Sin embargo, había cosas maravillosas en su cocina y despensa. Sólo había que abrir los armarios. ¡Ese niño le estaba contando cuentos chinos! ¡Probablemente su madre lo estaba castigando!

Con gesto severo, el precoz Antonio preguntó:

«Seguro que te has portado mal. ¿Qué has hecho?»

Pero el pequeño volvió a mirarlo fijamente con grandes ojos, sin decir palabra. Antonio se impacientó.

«¿Quizás no has hecho tus tareas o has molestado a tu institutriz?»

De nuevo, la respuesta fue un movimiento de cabeza.

«¿Has sido desobediente?»

Los labios del niño extraño temblaron diciendo:

«Yo siempre hago lo que quiero. Nadie me dice nada.»

Antonio no lo entendía y casi se enfadó.

«¡Dime de una vez por qué no recibes nada de comer!»

Y de nuevo el pequeño respondió sombrío y triste:

... «Simplemente porque no hay nada en casa.»

Ahora Antonio le creyó, pero estaba sumamente sorprendido. *¿Era posible algo así?
¿Una madre realmente no tenía nada para darle de comer a su hijo?*

«Entonces ... ¿tienes que tener hambre?», preguntó.

Los ojos del otro dieron una respuesta clara.

«Si lo hubiera sabido», aseguró Antonio, *«te habría dado mi pan con mantequilla, porque yo no tenía hambre»*. Pronunció las últimas palabras casi con desafío, como para ocultar un sentimiento de generosidad que le brotaba.

«¿Y por qué no tenéis nada en casa?»

«Todo está terriblemente caro. Papá está enfermizo, ayuda en la fábrica, pero no puede trabajar todos los días. Mamá está enferma en la cama con mi hermanito.»

«¿Por qué no os compra nada vuestro padre?»

«Por la carestía y porque no tiene dinero.»

Antonio estaba muy asustado. Así que había niños en la Tierra que eran muy buenos y cuyas madres no podían darles de comer. Antonio empezó a preguntar más:

«¿Rezas a Dios?: “... El pan nuestro de cada día ...”»

El pequeño no entendió de inmediato, y Antonio repitió la pregunta.

«No.» dijo el pequeño.

Antonio quedó como aturdido por un rayo.

«¡Eres malo! ¡Y Dios tiene razón si no te da de comer!»

Luego pensó con esfuerzo.

«Si no rezas, entonces Dios no puede escucharte. ¡Tienes que rezar! Por las noches, antes de acostarte», -Antonio se lo mostraba-, «pídele a Dios que te envíe un pan mañana, y lo recibirás.»

«¿Dónde voy a encontrar el pan?» preguntó el pequeño.

«Oh, pues en la mesa, junto al chocolate.»

«¿Qué es el chocolate?» decía desesperado el niño.

Antonio no entendía nada. Pensó *“Ese niño no tiene nada.*

¿Cómo decirle que con Dios se consigue todo?”

Luego se dijo a sí mismo:

“¿Y si Dios metiera pan en el agujero, junto a la roca de la orilla. Eso es inusual, pero no imposible”.

Antonio entonces, dejó de pensar y le habló al pequeño:

«¿No lo sabes? Sólo hay que decírselo todo a Dios con mucha exactitud.»

El pequeño aún dudaba.

«¡No sé cómo hablarle a Dios!»

Antonio suspiró con paciencia y se arrodilló.

«¡Haz como yo!»

El otro lo siguió.

«¡Ahora, junta las manos!»

Tras algunos intentos fallidos, todo salió bastante bien. ¡Pero qué sucias estaban las manos! Dios realmente no podía alegrarse con eso.

«Repite conmigo: Querido Dios, tengo mucha hambre. Tienes que hablar más claro»

El pequeño refunfuñó un poco tontamente, pero lo repitió lentamente.

«Ten-go mu-cha ham-bre. Por fa-vor, que-ri-do Dios, pon ma-ña-na por la ma-ña-na un tro-zo de pan pa-ra mí en el a-gu-je-ro de la ro-ca del río, don-de An-to-nio de-jó su pa-la. Amén»

¡Así, eso es exacto, así no puede haber confusión!»

Antonio le hizo un gesto de aprobación a su alumno y se fue a casa satisfecho. Por la noche estaba muy pensativo. ¡Qué feliz va a ser el chico mañana! La fe de Antonio era inquebrantable, a pesar de que algo le atormentaba.

«Madre, ¿Dios nos da siempre lo que le pedimos?»

«Sí, hijo, si es algo sensato y lo pedimos de corazón.»

Antonio se tranquilizó. Seguro que era sensato pedir pan, y también era de corazón. Antonio recordó los ojos hambrientos del chico. Luego tuvo un sueño profundo, soñó con cruasanes grandes como cuernos de vaca y con panecillos largos como trompas de elefante. Él comía de ellos y el chico extraño también. Ambos se reían, y Dios se reía con ellos.

A la mañana siguiente, lavaron a fondo a Antonio como siempre. Mientras se vestía, pensó que el chico extraño también debería haberle pedido ropa a Dios y que le pidiera que lo lavara. Rápidamente, Antonio se tragó su chocolate. Para ahorrar tiempo, se metió en el bolsillo el buen pan blanco grande, horneado en casa.

«¿Puedo ir al río, madre?»

«Pues ve, ya que hace tan buen tiempo.» Salió corriendo tan rápido como pudo.

¿Cómo será el pan de Dios? Seguro que más blanco y bonito que el normal. Antonio sintió un poco de envidia. Llegó jadeante a la roca y metió la mano en el agujero. Se puso pálido – ¡no había nada dentro! Miró dentro, y otra vez, y otra. *¿Podía ser verdad?*

Quizás Dios había puesto el pan junto al agujero. Antonio buscó por los alrededores – revisó todas las grietas y agujeros – *¡ay, no se encontraba nada!* *¿Dónde estaba el pan de Dios? ¿Qué significaba eso? ¿Y si el pequeño venía y no había nada para él? ¿No pensaría que Antonio lo había engañado? Quizás Dios estaba muy ocupado, o se había olvidado, o el pan se había quemado, como a veces pasaba también en casa.* Antonio estaba muy perturbado, el sudor del miedo perlaba en su frente.

Entonces vio a lo lejos al pequeño corriendo hacia la orilla – Antonio tembló, un escalofrío le recorrió la espalda. ¡Cómo se le hará la boca agua al otro, y ahora no iba a encontrar nada! Y dudaría de Dios. Involuntariamente, metió la mano en el bolsillo, sacó rápidamente el pan y lo

metió en el agujero. Poco después, el chico extraño estaba sentado en el suelo, cómodamente, engullendo con avidez. Antonio lo miró pensativo. Verdaderamente, era duro ver cómo su desayuno desaparecía tan rápido entre los dientes del otro, pues el propio Antonio sentía hambre. Pero lo embargaba la felicidad de pensar que Dios le estaría agradecido, porque había subsanado su descuido. ¡Eso sí que era una alegría!

El pequeño se tragó la última migaja.

«¿Estaba bueno?»

«Muy bueno.» ...

... «Pero no lo ha traído Dios. Yo te he visto cómo lo metías en el agujero.»

Eso fue un golpe violento para Antonio. Entonces, de repente, una gran luz iluminó su rostro de ángel, y respondió triunfante:

«¡Claro que lo metí yo, pero por orden de Dios! Dios no puede hacerlo todo Él mismo; ¡se deja ayudar por algunas personas en sus obras!»

Y salió saltando – hambriento, feliz y victorioso.

Aportación de La Comunidad de Cristianos